

JAVIER ALONSO GARCÍA-POZUELO

LA  
CAJITA  
DE  
RAPÉ



MAEVA

«A estar aquí, la jugara  
a ella, al retrato y a mí.»

*El estudiante de Salamanca,*  
José de Espronceda

«Los padres tienen derecho de casar a sus hijas  
con quien les convenga.»

*Don Álvaro o la fuerza del sino,*  
Duque de Rivas

«Amor de pare, tot lo demás és aire.»

Refrán catalán

## Prólogo

¿A quién se le ocurre salir de Brihuega sin despedirse antes de la Santa Virgen de la Peña? Ni siquiera el tío Voltereta, con todo lo que despotricaba de la Iglesia, del Papa de Roma y de los curas, osaba poner un pie fuera del pueblo sin rendirle visita primero a la Virgen Soberana. Pero a lo hecho, pecho. Seguro que su falta estaba ya olvidada, se dice Lorenza, mientras la extraña sensación de bienestar que la invade va disipando poco a poco el remordimiento de los últimos días. La Morenita le habría perdonado el desaire y, a partir de ahora, vuelve a estar bajo su protección. Con el amparo de la Reina Madre de los Cielos nada ha de temer ya. El corazón le late de esperanza. Algo en su interior le dice que, desde hoy mismo, todo va a ir bien. Una vida nueva y feliz le espera en la Alcarria. No es solo un palpito. Está segura. Sin que ella misma sepa explicar por qué, su ánimo es completamente distinto al de hace cosa de una hora, cuando los Ribalter aún estaban en la casa y ella, hecha un manojo de nervios, repasaba mentalmente lo que debía decirle al ama de llaves.

—¿Se *pue* saber qué *las echao* al vino? —pregunta Lorenza, arrastrando las palabras con lengua estropajosa.

«No importa, no hace falta que contestes», intenta añadir. Pero todo a lo que alcanza es a esbozar una coqueta sonrisa que hace aún más atractivo su hermoso rostro. Aunque no es consciente de ello, Lorenza ya no es dueña de su voz. Ni una sola palabra más brota de sus labios. Siente un gran deseo de hablar, de contar lo que más echa en falta de su pueblo, pero las ideas

se le desmigajan en la garganta y las frases ya solo suenan dentro de su cabeza. ¡El pan de Brihuega! No te *pues* hacer una idea de lo rico que está. *Muncho* mejor que el de Vallecas. ¡Dónde va a parar! ¿Y las rosquillitas de alfajor? ¡*Güenas* es poco! ¿Y los nochebuenos? ¡Ay, Dios mío! Los nochebuenos que hacen en mi pueblo sí que están ricos. No has *proba*o cosa mejor en *toa* tu vida. Es que en Brihuega *to* sabe más sabroso, la verdad. Y de la miel, mejor no decir *na*, ¿verdad? *Onque* miel de la Alcarria nunca falta en los Madriles. Solo aquí, en La Latina, la venden en cuatro o cinco sitios. Pero no te vayas tú a pensar que lo que más añoro de mi tierra es el condumio, eh. ¿Tú sabes lo que más echo de menos de Brihuega? Además de a mi Pedrín, claro. Pues los olores, fíjate tú. Los olores. Qué cosas, ¿no? El olor a tierra mojada por una tormenta de verano. Las hierbas del campo: el tomillo, el romero, el espliego. El airecillo con olor a higuera que te llega cuando descabezas un sueñecito en la huerta, a la sombra de un *emparrao*. El perfume de las flores que hay por *toíto* el pueblo en las fiestas patronales. La pólvora quemada de los cohetes que se tiran antes del encierro. Los olores, *mía* tú, eso es lo que más echo yo de menos de mi pueblo.

De repente, las palabras que suenan en su cabeza cesan de golpe. Los párpados le pesan tanto que es incapaz de mantener los ojos abiertos. Los grandes luceros de Lorenza se eclipsan y en su memoria estalla un recuerdo lleno de luces, de voces, de algazara. Es una agradable noche de mediados de agosto y en Brihuega se celebran, como cada año, las fiestas en honor a la Virgen de la Peña. Sopla una ligera brisa de poniente que, poco a poco, va refrescando el sofocante calor de la jornada. Unos vistosos fuegos artificiales hacen las delicias de los vecinos y los numerosos forasteros que este año han venido a solazarse con las fiestas patronales. Entonces, cuando casi todos piensan que la función ha concluido, la noche se ilumina con un espectacular juego de luces de Bengala. Al cabo de unos instantes, el tiempo necesario para que los que saben leer transmitan al resto el mensaje que refulge en el cielo —«El Ayuntamiento de

Brihuega a S. M. la Reina Isabel II»—, un estallido de amor al trono y devoción a su adorada soberana retumba por las calles y plazas de la villa alcarreña. Lorenza se siente invadida por una profunda alegría. No sabría decir por qué, pero le hace muy feliz que una mujer esté sentada en el trono de las Españas y que, según ha oído, se halle de nuevo encinta. Debe de ser muy hermoso eso de llevar una vida criándose en las entrañas. El mayo pasado ella sangró entre las piernas. Fue su primera vez, aunque no se asustó en absoluto: su madre ya le había prevenido de lo que le pasa a las mocitas de su edad. Algún día ella conocerá el amor y dará hijos a un hombre honrado y hacendoso. Algún día sus hijos la cogerán de la mano como ella coge ahora a su madre. Madre, cuánto la quiero, piensa mientras mira a su madre llena de ternura.

Pero la mujer que estaba a su lado aquella noche no era su madre. No podía serlo: la madre de Lorenza murió el mismo día en que ella vino al mundo. La mujer que le agarraba la mano aquella noche era la segunda esposa de su padre. De su madre ni siquiera guarda un recuerdo. Sabe que era morena y de ojos grandes y oscuros, como ella, porque se lo han contado. Y que era muy devota de la Virgen de la Peña. Poco más podría decir de la que le dio el ser. Aunque eso nada importa ahora. Nadie le va a negar aquí, en esta portería de casa rica de Madrid, que la mujer que la acompañaba aquella noche de agosto en Brihuega era su madre. Su adorada madre estaba con ella y ese recuerdo la colma de contento. Pronto estaré con usted, madre. En unos días iremos juntas a cantarle salves a la Morenita; se lo prometo. Y ya nunca me apartaré de su lado. Va a ver usted qué bien vamos a estar las dos juntitas, madre.

Esa es la última imagen que engendra su cerebro antes de precipitarse en un profundo y sosegado sueño. En la placidez de su rostro se refleja la feliz quimera concebida en su imaginación. Instantes después, la muchacha se desploma sobre la mesa, golpeándose en la frente. No está muerta. Solo drogada. Pero los grandes ojos negros de Lorenza no volverán a contemplar la carita de ángel travieso de su medio hermano Pedro. Antes

de que el narcótico que ha ingerido detenga su respiración, una mano recia, de dedos mercenarios, tirará de su cabello hacia atrás y el acero de una navaja recién afilada surcará el cuello de la joven criada de los Ribalter, anegando en charcos de sangre su secreto.

# I

## Padres e hijos

**A**l habitual movimiento de transeúntes y carruajes observado en el último tramo de la calle de Atocha desde la apertura de la estación del Mediodía, se le suma esta desapacible noche otoñal el de los numerosos invitados a la inauguración del despacho de vinos y licores de los señores Ribalter y Monasterio. Ajeno al ambiente festivo que lo rodea, José María Benítez, inspector de vigilancia y seguridad del distrito sur de La Latina, medita sobre la cantidad de alcohol que aún le queda por ingerir para poder olvidar el motivo por el que ha asistido a esta celebración.

Las lámparas de gas y las arañas de cristal que iluminan el espacioso departamento de venta al público del nuevo negocio licorero lo inundan todo de una claridad que arranca vivos destellos en la seda de los vestidos, en el fieltro recién planchado de las chisteras, en las leontinas de oro. Faltan apenas unos minutos para las diez de la noche y la escogida concurrencia disfruta de un espléndido bufé dispuesto con el habitual buen gusto de la Fonda de Lhardy. Faisán en galantina, longaniza de Vic, jamón de Trevélez, ostras gallegas, quesos manchegos, sobrasada mallorquina, consomés, pasteles, todo de primera calidad y a la altura de los excelentes vinos que ofrece la legión de camareros que, con pasmosa profesionalidad, se desliza entre los ramilletes de jubilados invitados. Las innumerables variedades de vino que pueblan las estanterías del local alegran el humor y sueltan la lengua de los convidados. Risas desinhibidas, cuentos subidos de tono, venenosos epigramas, observaciones de gastrónomo sacadas de algún Dumas mal traducido,

descabellados juicios enológicos y exaltados brindis entretejen una estridente sinfonía que apenas permite distinguir las delicadas piezas que, en un ángulo del local, interpreta un cuarteto de cuerda.

Todo es buen humor, algazara y excitación y, por un momento, algunos de los invitados, feroces enemigos en materia política, se olvidan de las gruesas palabras que anoche se cruzaron en el café y celebran hoy, hermanados por el vino, los placeres del paladar. En su pequeño y taciturno islote, el inspector Benítez parece no estar aún en disposición de desterrar de su cabeza uno de los muchos fantasmas que lo acosan, el fantasma de la política. Vacía de un trago la caña de manzanilla que acaba de arrebatarle a la primera bandeja que se ha cruzado por delante, siente como el ácido y punzante caldo golpea su estómago, espera unos minutos antes de atraer la atención de otro camarero y, una vez provisto de una nueva dosis de medicinal sanluqueño, se abisma otra vez en sus amargos pensamientos.

Las sesiones de Cortes –suspendidas hace meses a raíz de un puñado de sonadas disidencias en la Unión Liberal, partido en el poder desde 1858– se reanudarán el próximo sábado y el ambiente está que echa chispas. Corre el rumor de que un puñado de senadores y diputados progresistas dejará de brindar su apoyo al Gobierno tras la apertura de Cortes. El general O'Donnell, líder de la Unión Liberal, coalición formada por los miembros más progresistas del Partido Moderado y el ala más templada del Partido Progresista, recibe a diario ataques desde uno y otro lado del espectro político, y en las oficinas del Estado se examina con lupa la actitud de todos y cada uno de sus empleados.

Y el inspector Benítez, mal que le pese, no es una excepción.

A lo largo de su prolongada carrera como empleado público, siempre ha tratado de mantenerse al margen de banderías políticas. Pero no puede olvidar que es a la Unión Liberal a quien le debe el haber recuperado su puesto de inspector después de que los moderados lo cesasen en el 56. El maduro inspector de policía no consigue quitarse de la cabeza que ha acudido a la fiesta sin comunicárselo al gobernador civil de la



provincia, no solo su máximo superior, sino uno de los hombres de confianza del general O'Donnell. Podría, al menos, haberse-lo notificado a su secretario. Pero Benítez no estaba dispuesto a pasar ese mal trago. También podría haber declinado la invitación que el señor Monasterio en persona le hizo hace unos días y no haber venido a la inauguración. De todas formas, qué más da. Nada hubiese ganado con quedarse en casa. Viniera o no a la fiesta, mañana habrá tormenta en el Gobierno Civil.

Benítez se lleva la mano a la boca del estómago. La Ratona, apodo con el que el veterano policía bautizó al molesto inquilino que, desde hace unos años, habita en su estómago, da un primer aviso. El inspector ignora la advertencia y deja que el vino inunde su garganta. Apenas unos segundos después, un servicial camarero se percata de su carencia y le proporciona de inmediato otra caña de manzanilla.

—¿Se divierte, inspector Benítez?

A su lado, bajo la resplandeciente claridad que difunde una de las arañas de cristal, ha aparecido un sexagenario cuyo vozerón se alza sobre el tremendo bullicio de saludos, cháchara y violines. No viste de frac, pero incluso la elegante levita de fino paño inglés, la cadena de oro que le surca el pecho hasta el bolsillo del chaleco o las lustrosas botas de charol parecen recién compradas para la ocasión. Las frondosas patillas unidas a un canoso bigote sin barba, la nariz grande, aguileña, dotada de unos enormes orificios, y la barriga, redonda como aro de tonel, sí le son propias. Atributos añejos.

—Mucho, señor Ribalter. Estoy pasándola en grande —miente con cinismo el policía, cegado por el destello que desprenden los gruesos anillos de oro que decoran la mano izquierda de su interlocutor, una mano grande, áspera. Mano de menestral al que le ha tocado la lotería—. Una celebración por todo lo alto.

—Todo mérito de mi hijo —responde el otro, henchido de orgullo paterno—. Bueno, suyo y de don Juan Miguel, claro. No vaya a enfadarseme mi socio capitalista, si me oye ningunearle.

José Antonio Ribalter estalla en una ruidosa salva de carcajadas que acentúa los grandes orificios negros de su nariz.

—¡Venga conmigo! —vocifera, aún entre risas—. Les gustará saber que todo está de su agrado.

Sin esperar contestación, el almacenista de vinos pone en movimiento a Benítez con un enérgico manotazo en la espalda y atraviesan la sala, entre los atronadores saludos que el anfitrión prodiga a diestro y siniestro, esquivando aquí alguna bandeja cuajada de copas, allí el miriñaque de una dama, más allá la chistera de algún caballero. Cuando están cerca del corrillo en el que se encuentran don Juan Miguel de Monasterio y Juan José Ribalter, el socio y el hijo del almacenista, Benítez se percata de que una de las uvas del racimo es José Agustín Leal Romero, diputado del Partido Progresista de los que tras brindar su apoyo en el Congreso a la Unión Liberal pasaron a llamarse «resellados». A su lado está doña Crescencia, su esposa, una mujer minúscula, desgraciada de rostro, que mueve sin parar las aletas de la nariz, como si su pituitaria fuese azotada por el tufo de algún alimento podrido que solo ella es capaz de detectar.

—Don José Agustín, aquí le traigo a uno de los suyos —suelta, a modo de saludo, el almacenista—. Para que no se sienta usted en minoría, con tanto progresista puro acosándole.

Leal Romero acoge el comentario de Ribalter con una sonrisa vacilante, pero a Benítez no se le escapa un brevísimo intercambio de miradas entre el diputado resellado y el señor Monasterio. Un cruce de miradas cómplices que Benítez no sabe cómo interpretar.

—¿Cómo no le ha acompañado su encantadora hija, inspector?

La pregunta, clara advertencia para todo el que pretenda introducir el fastidioso tema de la política en este cordial ambiente, la ha formulado doña Rosario, la esposa del señor Ribalter, una señora de cuarenta y tantos años muy bien llevados, que viste un elegante traje de seda negra con encajes en puños y cuello. Sus ojos, el cielo de Madrid en un día de primavera. Su nariz, pequeña, de líneas rectas. Su barbilla, redondeada, sin la menor mácula, deliciosa. Bajo la seda de su vestido se adivinan unas líneas que aún no conocen las flacideces y adiposidades

de la edad. Una mujer por la que más de uno de los presentes vendería el alma.

Benítez sonríe a la atractiva dama y vacila unos segundos antes de contestar. No está seguro de que lo de «encantadora hija» encierre algún doble sentido, pero no piensa dar ocasión a que así, como quien no quiere la cosa, la conversación se deslice hacia el frustrado noviazgo de su hija Eugenia con uno de los jóvenes más cotizados de la alta sociedad matritense.

—Está de viaje. No vuelve hasta el jueves. Y su hijo Eusebio, ¿no ha llegado aún?

La sonrisa hipócrita en los labios de Benítez apenas maquilla la intención de la pregunta. Tal vez el veterano sabueso esté demasiado a la defensiva, pero en este Madrid chismoso y maledicente, la mejor defensa es un buen ataque. Y él no piensa dar pasto a cotilleos. La próxima vez que doña Rosario pretenda convertir las veleidades amorosas de su hija pequeña en tema de conversación, a buen seguro se lo pensará dos veces antes de hacerlo. Hace unas cuantas noches, Benítez tuvo un encuentro con Eusebio Ribalter, en el cual el hijo de doña Rosario le dejó tan claro como el agua que no tenía la menor intención de asistir a la fiesta. De vuelta del Café Suizo, el inspector se encontró en la plazuela de la Cebada con una pareja de la Guardia Civil Veterana, que, ayudada por un sereno del distrito, conducía al primogénito de los Ribalter a la prevención civil. Eusebio Ribalter, borracho como una cuba, se había negado a abandonar la taberna de Magadán sin que le sirviesen un último vino y la discusión había terminado con el joven de bruceos sobre su propio vómito. En vista de que nadie, salvo Ribalter, había resultado herido y de que el propio tabernero aseguró que no presentaría denuncia, el inspector Benítez se hizo cargo del asunto y acompañó al joven a su domicilio, en la carrera de San Francisco. «Si no hubiese sido el hijo de quien soy, me habrían llevado a la prevención, ¿verdad?», fue lo primero que Eusebio Ribalter dijo, unos pasos antes de llegar a su casa. «No ha lastimado usted a nadie ni ha causado daños materiales. Le habría dado otra oportunidad fuese el hijo de quien fuese.» «Si está teniendo un trato de favor conmigo por

ser hijo de José Antonio Ribalter prefiero que me encierren. No quiero deberle nada a ese señor.» «Mire, si tiene algún problema con su padre, los resuelven ustedes dos solitos sin meter a la policía de por medio. Bastante tenemos ya nosotros con lo nuestro. Ahora suba a dormir la mona, que buena falta le hace. Va a ver cómo mañana lo ve todo con otros ojos.»

–Se sentía indispuerto –miente la señora de Ribalter, con una sonrisa tan hipócrita como la del policía, pero mucho más sofisticada, una sonrisa criada en las antípodas de donde se forjaron las toscas maneras de su marido–. Ha insistido mucho en venir, pero su médico le ha aconsejado guardar cama.

–Mándeles mis deseos de pronta recuperación. Precisamente hace unas noches...

Antes de que Benítez haya terminado la frase, Juan José, el benjamín de los Ribalter, sale al rescate de su madre y retoma la conversación que sostenían antes de que llegase el policía. Juan José Ribalter es un muchacho delgado, de ojos claros, con un llamativo hoyuelo en mitad del mentón. Engola la voz tanto como es capaz, endurece la mirada, alza el pronunciado surco de la barbilla unos centímetros, y, con los músculos del cuello tensos como cuerda de ballesta en la nuez, retoma su apreciación, sin duda alguna interesantísima, sobre la mediocre ejecución del *Don Juan Tenorio* que la pasada noche se hizo en el Teatro del Príncipe.

–Inspector –interviene el señor Monasterio, tratando de quitar hierro al impertinente comportamiento del hijo pequeño de su socio–, me comentaban hace un rato que el martes tienen a la embajada marroquí en el Novedades. ¿Asistirá usted?

–Alguien de la inspección estará allí, desde luego –contesta Benítez, sin poder dejar de preguntarse por qué un hombre de tan buena planta, exquisito trato y rico, muy rico, repleto de oro, no volvió a casarse nunca tras la prematura muerte de su esposa. Por qué no se le ha conocido noviazgo en todos estos años. Ni un mal coqueteo, siquiera.

–Se lo pregunto –continúa el banquero–, porque en la noche del martes doy una pequeña fiesta en mi casa a la que, por

supuesto, está usted invitado. Pero claro, si la inspección de La Latina forma parte del dispositivo de seguridad...

—No sé si podré asistir, don Juan Miguel, pero le agradezco muchísimo la invitación.

—Entiendo, don José María —dice el potentado con una sutil sonrisa que hace todavía más agradable su rostro de finas facciones y cutis mimado por cosméticos franceses—. Como es evidente que de su trabajo no le apetece hablar, ¿qué le parece si hablamos de negocios? O de libros. O mejor aún: de libros y negocios a la vez. ¿Qué me dice, inspector?

Benítez se sonríe. Se sonríe con sinceridad por primera vez en toda la noche. Juan Miguel de Monasterio no eleva nunca el tono de voz, pero su voz tiene color teatral, consigue captar de inmediato la atención de los presentes. Benítez sabe a lo que se refiere el banquero, y este a buen seguro adivina cuál será su respuesta esta vez. La misma que todas las veces que ha sacado el tema. Aun así, Monasterio, uno de los hombres más ricos de España, se expone a ser humillado por un simple inspector de policía. Aunque, en el fondo, Monasterio piense que solo es cuestión de tiempo y de dinero que Benítez termine aceptando una oferta, cada vez que saca el tema a colación y añade quinientos duros al montante previamente ofrecido, se lleva la misma y rotunda negativa.

—¿No me irá a decir que se ha enterado de que estoy traduciendo al castellano las memorias de Vidocq? —bromea Benítez—. ¿Quiere usted publicármelas?

—¿Sabe usted, señor Romero —dice Monasterio, sonriendo ante la ocurrencia del policía—, que aquí, el inspector Benítez, entre las numerosas joyas que atesora en su biblioteca, tiene una por la que yo mataría?

—¿Algún Quevedo? ¿Un Gracián, quizá? —pregunta Leal Romero—. ¿Un Solórzano, tal vez? Tengo entendido que el inspector Benítez es muy aficionado a los autores de nuestro Siglo de Oro.

—Frío, frío —se adelanta Monasterio—. Aunque le agradezco que me haya refrescado la información, señor Romero. De

todos los tesoros de don José María, el que yo más anhelo es un tratado de economía política.

—¡Un tratado de economía política! —se extraña el diputado—. Pues yo tengo una buena colección sobre esa materia. A ver si suena la flauta y se puede usted ahorrar unos billetejos.

Leal Romero es un regordete de ojos vivos, amables, oscuros como arrope de uva negra. Manchego de un pequeño pueblo de la provincia de Ciudad Real y uno de los abogados más queridos de la Corte en asuntos mercantiles, ronda la cincuenta. Hace años tuvo el acierto de establecer su despacho en la calle de Toledo, en cuyos alrededores se hospedan la mayoría de los arrieros y comerciantes manchegos que vienen a Madrid. Hizo correr la voz entre sus paisanos de que había un abogado manchego que llevaba todo tipo de pleitos y, en menos de un año, el ingenioso letrado de la Mancha ya se acompañaba, para poder dar abasto con la clientela, de un pasante, manchego también y refranero como el famoso escudero cervantino, pero más parecido en lo físico al de la Triste Figura. Nadie diría del abogado y diputado unionista que es un lumbreras, que su memoria es prodigiosa o que embelesa con su piquito de oro, pero lo cierto es que sus resultados en el foro son más elocuentes que cualquier elogio que se le pudiese hacer y, hoy en día, en cuestiones mercantiles, el acreditado bufete del manchego no tiene rival.

—No creo que tenga nada igual, amigo Romero. Aquí nuestro respetado inspector Benítez tiene, ni más ni menos, que un Say en francés con anotaciones manuscritas por el mismísimo Mariano José de Larra.

Con lo de «un Say», Monasterio se refiere a una edición francesa del *Tratado de economía política* de Jean Baptiste Say. Un libro por el que hace un par de meses el capitalista ofreció a Benítez una considerable suma, cantidad que ha incrementado en quinientos pesos duros —casi el sueldo anual de un inspector de vigilancia— en cada nueva puja.

—Un Say del que, mientras ni mi familia ni yo estemos pasando por apuros, no me desprendería por nada del mundo.

—De todas formas, súmele quinientos pesos a mi oferta y consúltelo con la almohada.

—No hay nada que consultar, don Juan Miguel. El Say sigue conmigo.

—Cuéntenos, al menos, por qué le tiene tanto cariño a ese libro. Eso me lo debe.

Benítez entiende la buena intención de Monasterio, pero comienza a hartarse de esta pantomima. Está aquí solo porque esta noche será muy especial para su sobrino José Francisco. No tiene nada contra el banquero. Es más, le resulta simpático. En otras circunstancias podrían haber llegado a ser buenos amigos. Pero la realidad es la que es y maldita la gracia que le hace la noticia que, en algún momento de la noche, va a hacer pública el señor Monasterio. Así que no solo no satisface la curiosidad del banquero, sino que, en cuanto se le presenta la ocasión, se escabulle hasta un rincón poco concurrido, donde, con otra caña de manzanilla en la diestra, se deja invadir por memorias de sus primeros años de policía, cuando nadie en su entorno daba un duro por él. Cuando todos pensaban que aquella sería otra más de sus descabelladas ideas. Cuando su padre lo miraba con la misma mirada de incompreensión con la que él suele mirar a su hija Eugenia.

—¿Qué bebe, tío? —pregunta José Francisco, sacando a Benítez de su ensimismamiento.

—Una manzanilla de Argüeso.

—¿Buena?

—Gloria bendita.

—Pues me apunto. Espere aquí que ahora mismito estoy con usted.

**H**asta donde está Benítez llega la atronadora voz de José Antonio Ribalter. Curiosa sociedad la formada por el banquero gaditano y el viejo comerciante catalán, se dice el policía. Buena parte del vino de Valdepeñas llega hoy a Madrid en el ferrocarril de Alicante y es de esperar que, en un futuro próximo, también

los vinos andaluces entren en la Corte por los caminos de hierro. Estableciéndose en las cercanías de la estación de ferrocarril, el señor Ribalter, con almacén de vinos en la calle de Toledo y proveedor de la mayor parte de los figones y tabernas de los distritos del sur de Madrid, se hace con una posición muy aventajada frente a sus competidores. Su tienda del barrio de La Latina seguirá funcionando, aunque, a partir de mañana, el almaceñaje general, la distribución al por mayor y la administración del negocio se llevarán a cabo en el establecimiento de la calle de Atocha, mucho más amplio y mejor situado. El interés de Ribalter por asociarse con un capitalista que le permitiese llevar a cabo la operación es obvio, se dice Benítez, mientras contempla los exagerados aspavientos con los que el almacenista acompaña su atronadora voz. Menos clara le resulta la participación de Monasterio en el negocio de los vinos. Pero quién es él para meterse en honduras económicas. Él, un humilde inspector de distrito cuya holgada posición debe, en gran parte, a la herencia recibida de su padre. A él lo que ahora le debería importar es que esta misma noche el señor Monasterio anunciará la fundación de un periódico literario que será dirigido por su sobrino. Un periódico dirigido por José Francisco Bejarano y financiado por uno de los más firmes detractores de la Unión Liberal, se dice, mientras imagina la cara que pondrá el señor González Cuesta, secretario y perro de presa del gobernador civil de la provincia, cuando llegue a sus oídos la noticia.

Cuando José Francisco regresa con su caña de manzanilla, encuentra a su tío con la mirada fija en el grupo en el que están Monasterio y el menor de los Ribalter.

—Nunca he conocido a nadie con las ideas tan claras como ese muchacho —comenta José Francisco—. Hace un rato, le he oído hablar con tanto entusiasmo de los planes que tiene para el negocio de los vinos que, si le soy sincero, no he podido evitar sentir un poco de envidia.

—¿Quiere involucrarse en el negocio del padre?



–Mucho más que eso. Este muchacho piensa a lo grande. Después de afianzar el negocio de distribución en España, tiene en mente dar el salto al extranjero.

–¡Vaya con el renacuajo! Tal vez esos planes tan ambiciosos son lo que ha empujado a Monasterio a asociarse con el señor Ribalter.

–Bueno, eso y que se habrá dado cuenta de que, en España, vender vinos es mucho más lucrativo que invertir en ferrocarriles. Sobre todo si, además de venderlo, lo produces.

–Pero Ribalter no es cosechero.

–Ribalter no, pero Monasterio ha adquirido la mitad de una bodega de Jerez, se ha asociado con un productor de Sanlúcar y se ha hecho con la mayoría de las acciones de una bodega mala-gueña que estaba a punto de quebrar.

–No da puntada sin hilo don Juan Miguel.

–Y no conoce usted ni la mitad, tío. No se imaginaría cuál ha sido su última jugada.

–Ni en mil años. Ya sabes que a mí, sacándome del papel del Estado al tres por ciento, toda la economía me suena a chino.

–Monasterio, junto a otros librecambistas de los que se reúnen los domingos en la Bolsa, va a fundar un periódico mercantil para promover la firma de un acuerdo comercial con Gran Bretaña.

–Para vender más vino a los ingleses, supongo.

–Claro. ¿Se imagina usted lo que significaría para su nuevo negocio que los vinos españoles pagasen por derechos de entrada en Inglaterra lo que pagan los franceses?

–Pero entonces... –masculla el policía que, de pronto, ha caído en la cuenta de lo que implica la noticia que le acaba de dar su sobrino–, ¿lo que va a fundar es un periódico económico?

–Sí. ¿Y a que no adivina a quién le ha ofrecido la dirección? A Leal Romero.

Benítez no da crédito a lo que oye. Tal vez no entendió bien a Monasterio cuando hace unos días se presentó en su despacho. Tal vez el banquero no le anunció que lo que iba a fundar era un periódico literario, pero está convencido de que de sus

labios escuchó que había pensado en su sobrino para dirigirlo. ¿Y qué pinta Leal Romero, un resellado, en tratos con un enemigo declarado de la Unión Liberal?

—¿A Leal Romero, el diputado de la Unión Liberal? —pregunta Benítez, incapaz de digerir la noticia.

—Antiguo diputado unionista, diría yo. Con lo que le va a pagar Monasterio por dirigir el *Semanario Económico y Mercantil*, me da a mí que su fidelidad al gabinete O'Donnell se va a ver bastante afectada.

—¿Así que se trata de una publicación económica?

—Sí —contesta José Francisco, visiblemente intrigado por la insistencia de su tío—, la parte principal va a ser la mercantil, aunque también va a tener otras secciones. De hecho, don Juan Miguel me ha propuesto a mí encargarme de la parte literaria.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Que no me interesa. Que no quiero terminar hecho un azacán, sin tiempo para nada. Con mi sueldo en *El Observador* y lo que me rentan algunos ahorrillos, me basta y me sobra.

—Bien dicho, hijo —aprueba Benítez, aliviado de no tener que enfrentarse mañana a la cólera del gobernador, reprochándole el nuevo puesto de su sobrino, pero triste, en el fondo, por comprobar que se trata de un malentendido y que José Francisco nunca fue el elegido para ocupar un cargo que parecía hecho a su medida.

—A propósito, por allí veo al director del periódico —dice José Francisco—. Le abandono un momento, tío. Tengo que hablar de un asunto con él.

—Claro, ve, hijo. Yo voy a ver si como algo que le haga de colchón a la manzanilla. Una cosa solo, no sea que se me olvide con el vino: el jueves vuelve Eugenia de Badajoz.

—¿Quiere que vaya a recogerla?

—No, quiero que vengas a comer a casa el domingo. Y esta vez no te acepto excusas.

—No se lo aseguro, tío. Llevo mucho atraso con la traducción de un Balzac que vamos a publicar en el folletín a partir del quince, tengo pendiente leerme *Lo trovador de Montserrat*, casi trescientas páginas de poesías en catalán, para escribir un artículo, y,

por si eso fuera poco, con lo de la apertura de Cortes, me han quitado el redactor que me ayudaba con la revista de teatros.

—¿No será alguna otra cosa?

—¿Alguna otra cosa? ¿Qué quiere decir?

—¿Te pasa algo con tu padre? De un tiempo a esta parte, tengo la impresión de que lo evitas. ¿Habéis tenido alguna discusión?

—Es bastante más complicado que eso, tío.

—Pero no me lo vas a contar, ¿verdad?

—Me parece que debe ser él quien lo haga.

—Yo no soy nadie para meterme en tu vida, pero...

—No se equivoque, tío, quien no es nadie para meterse en mi vida es Manuel. Usted es quien ha ejercido de padre mientras él andaba rodando por Dios sabe dónde, sin importarle un comino lo que fuera de su hijo.

—Bueno, ya sabes que yo soy partidario de segundas oportunidades.

—De segundas oportunidades, usted lo ha dicho. De *segundas*.

—No insisto más. Si puedes venir, será una alegría para todos. Te hemos echado de menos los últimos domingos.

—Haré lo que pueda, tío. Ahora, si me disculpas, voy a hablar con mi jefe.

**B**enítez siente que si bebe un sorbo más de vino terminará de rodillas en el retrete. Será mejor comer algo. «Es bastante más complicado que eso, tío», se repite de camino a una de las mesas con mayor provisión de comida y allí, entre emparedados de jamón en dulce y pastelitos de *foie-gras*, no deja de pensar en qué habrá hecho esta vez su cuñado Manuel para que José Francisco esté tan enojado. Al fin y al cabo, el tiempo que consume conjeturando sobre las trapisondas y desatinos de su cuñado, es tiempo que no está pensando en todo lo que él habrá hecho mal como padre para que la relación con sus tres hijas sea a cada cual más difícil. Mientras imagina tejemanejes que tienen a Manuel Bejarano por protagonista, se olvida, aunque sea por un breve momen-

to, de que Eugenia salió el jueves hacia Badajoz y él no tuvo el valor de entregarle la carta que le había escrito a Carlota, su hija mayor. Cada minuto que dedica a cavilar sobre cuál habrá sido la última barrabasada de su cuñado, es un minuto que no emplea rumiando que si en el otoño del 54 él no hubiese aceptado aquel cargo como secretario en el Gobierno Civil de Badajoz, su vida no sería hoy ni la mitad de complicada de lo que es. Hace ahora siete años, dio un paso en falso y no hay un solo día en que no piense que aún sigue pagando la factura.

Sumido en amargas reflexiones sigue cuando se percata de que uno de los porteros que vigilan el acceso al establecimiento se dirige a grandes zancadas, con semblante preocupado, hacia donde están el señor Monasterio y su secretario particular, Pantaleón Moreno, un cuarentón tirando a bajito, con el pelo castaño oscuro y la cara picada de viruelas. Apenas unos segundos después, el capitalista se dirige con expresión grave hacia donde se encuentra el policía.

A Benítez le flaquean las piernas, se siente atacado por los vapores del alcohol, una arcada agria y espesa trepa por su esófago. No está seguro de poder aguantar en pie. Se imagina a sí mismo desplomándose contra el suelo como un muñeco de trapo abandonado por los dedos que lo sustentan. Mientras ve avanzar al banquero, abriéndose paso entre la multitud, como un Moisés ante el mar Rojo, le asalta la visión de Eugenia mostrándole el bolso de viaje en el que, a última hora, accedió a meter una pistola.

Juan Miguel de Monasterio acorta distancias sin que Benítez, a pesar de que es evidente que el banquero se dirige hacia él, se sienta con fuerzas como para salir a su encuentro. Si fuese capaz de pensar con lucidez, tal vez se diría que es absurdo el temor que le invade y daría unos pasos hacia delante. Pero los temores absurdos, además de nublar la razón, agarrotan los músculos, y el inspector Benítez no puede dejar de pensar en que algo le ha pasado a su hija Eugenia.

—Un oficial de policía le busca, inspector —anuncia el banquero—. Ha ocurrido algo horrible.

## II

### Una criada algo enamoradiza

Frente a la puerta de la flamante licorería, bajo una farola de gas que arranca tenues destellos a los charcos que salpican la acera, se recorta la figura de un hombre de unos cincuenta años, tripudo, más bien bajo, con un rostro completamente rasurado en el que se destacan unas orejas grandes, terminadas en un marcado ángulo lobuno que besa el ala de un deslustrado bombín.

—¿Qué ocurre, Fonseca? —pregunta Benítez, con el corazón en la boca—. Está usted pálido.

—Una desgracia, inspector —contesta Fonseca, con una sombra de espanto en el rostro—. Se ha cometido un robo en el distrito. En la carrera de San Francisco.

En la cabeza de Benítez se agolpan varios pensamientos a un tiempo. Por un lado, piensa en lo absurdo que ha sido temer que algo le hubiese pasado a Eugenia. El Benítez de hace unos años nunca se hubiera dejado invadir por el pánico como lo ha hecho hace un momento. Por otro, se felicita de haber pedido a Luis Fernando Fonseca, el oficial de policía más veterano de La Latina, que se quedase haciendo guardia. Al principio tuvo sus reparos, le pareció cruel pedirselo: mañana se incorpora el nuevo secretario de la inspección, cargo que Fonseca ha ocupado en funciones los últimos tres meses, y esta no era, desde luego, la mejor forma de despedirse del puesto. Con serenos en cada barrio del distrito, un retén de la Guardia Civil Veterana en la prevención civil de la calle de Don Pedro y otro en el puesto de la calle de Oriente, era innecesario que alguien se quedase en los locales de la inspección. Aún así, Benítez le pidió a Fonseca

que lo hiciese. Ahora lo agradece. Por último, aunque su oficial no haya precisado el lugar exacto de la carrera de San Francisco donde se ha cometido el robo, se apostaría la cabeza a que sabe dónde ha sido.

–En casa de los Ribalter, ¿me equivoco?

–No, jefe, no se equivoca. Han robado en casa de los Ribalter y una criada del servicio ha resultado muerta.

–¡Dios del cielo! ¿Ha dado usted parte al juzgado?

–No, inspector. He dejado a Carmona en la casa y me he venido volando aquí.

–¿A Carmona?

–Sí, jefe. Da la casualidad de que, cuando han llegado a la inspección a dar el aviso, Rafael estaba allí conmigo. Había venido a hacerme una visita.

–¿A hacerle una visita? –pregunta Benítez, aunque sabe de antemano la respuesta.

–Ya sabe, jefe. Le han salido algunos trabajillos y como en la inspección se está caliente y hay buena luz.

–Pues me tranquiliza saber que Carmona se ha quedado al mando –dice Benítez, sintiendo cómo el vapor de las manzanillas desaparece a marchas forzadas de su cabeza–. Ahora cuénteme lo más resumido que pueda todo lo que sepa.

–Una media hora después de que la señora Ribalter se viniese para la fiesta, el portero de la finca, Casimiro Colomer, se ha ausentado de la casa y ha dejado al cuidado de la portería a la criada, Lorenza Calvo Olmeda, de veinte años, natural de Brihuega, al servicio de los Ribalter desde... –saca de un bolsillo del gabán un pequeño cuaderno de notas y confirma el dato– diciembre del año pasado. Cuando el señor Casimiro ha vuelto, se ha encontrado a la criada en el suelo de la cocina, ensangrentada, con un enorme corte en el cuello... En poco más de diez minutos ha llegado el médico de la casa de socorro, quien no ha podido hacer otra cosa que certificar la muerte... Acompañados del portero, del sereno del barrio y de dos números de la Guardia Civil Veterana, hemos entrado en el domicilio de los Ribalter... En la cocina estaba el ama de

llaves, atada y amordazada, pero sin ninguna herida de consideración... Da la impresión de que los ladrones conocían a la víctima: no hay signos de fractura en ventanas, puertas ni acceso a los subterráneos... Además, hay otro dato importante, inspector: al parecer la criada se ha valido de una argucia para hacer que el portero se ausentase.

Benítez anima con un movimiento de cabeza a que Fonseca prosiga su relato, mientras él, en su fuero interno, trata de no prejuzgar la situación. En los últimos años se han cometido en España tantos robos con la complicidad de la servidumbre que jueces y promotores fiscales trabajan desde hace tiempo con un punto de vista muy sesgado. Su misión consiste en reunir todas las evidencias posibles, sin partir de ninguna hipótesis previa, sin plantear conjeturas hasta haber recabado suficiente información. Por eso, mientras le indica a Fonseca que le explique la treta de la que se ha valido la criada para obligar al portero a dejar desatendido su puesto de trabajo, él intenta desprenderse de cualquier explicación apriorística.

–El señor Casimiro –prosigue Fonseca– dice que Lorenza estaba acatarrada y que por eso, con la noche de perros que hace, se ha ofrecido a ir él a por los huevos que iba a comprar la chica.

–¿Huevos?

–Sí, señor. Al parecer la chica se había preparado un potingue para la cara que lleva huevo. Cuando se ha dado cuenta de que no quedaban huevos para el desayuno del señor Ribalter, ha pedido permiso al ama de llaves para salir a comprarlos.

–Explicaciones más raras he oído. Y no todas eran mentira.

–Sí, pero es que hay otra cosa, señor: el ama de llaves asegura que la chica no estaba enferma; al menos delante de ella no ha dado ninguna muestra de estar acatarrada. Y, por si eso no fuera ya bastante sospechoso, en la portería se ha encontrado una botella de vino que, según refiere el señor Casimiro, no es suya.

–Y de lo que se han llevado los ladrones, ¿se sabe algo?

–El ama de llaves, que es quien podía saber algo, no estaba en condiciones de decir gran cosa. Lo poco que ha sido capaz de declarar es lo que ya le he dicho, jefe.